233

F123
P6

6 [illegible] DEL TIEMPO ANTE LA NACION

1020002867

109793

329.02 972.05
½ VI NO
350
14.74

LA POLITICA

DE LOS

EDITORES DEL TIEMPO,

ANALIZADA

ANTE LA NACION.

Vale 1 real y medio para la capital, y 2 para los departamentos.

MEXICO.

IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES,
Calle del Espíritu Santo, en el convento.

1846.

F1233
P6

7/0840

LA POLITICA

DE LOS

EDITORES DEL TIEMPO,

ANALIZADA

ANTE LA NACION.

CAPILLA ALFONSINA
UANL

MEXICO.

Imprenta de Vicente Garcia Torres, calle del Espíritu Santo núm. 2.

1846.

109793

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Libertas et anima nostra in dubio est.
Nuestra libertad, nuestra vida misma,
no son ya mas que cosas dudosas.—**Salustio.**

EL velo con que por tantos años se han cubierto las maquinaciones de los enemigos de la república, se ha corrido, para dejarnos ver las cosas cuales son en sì. El pueblo á quien tiempo hace se le hiciera ver la existencia del partido monarquista como el delirio de cabezas visionarias, como la invencion de una demagogia suspicaz, no puede dudar ya de su realidad, ni de sus proyectos, cuando con audacia esos hombres se le han presentado, haciendo alarde de su profesion de fè, execrando todos los recuerdos de la república, á la que por lograr el poder y adelantar su fin, tantas veces juraron obediencia y protestaron amor. Sean cuales fueren las combinaciones, el poder y los recursos de los monarquistas, nosotros nos felicitamos de que la máscara haya sido arrojada en los momentos en que parecia mas provechoso que nunca. Vale mucho la ventaja de saber con quiènes y por què luchamos.

La completa ruina de las instituciones republicanas, el establecimiento de un trono, el llamamiento de un prìncipe de sangre règia, en una palabra, el cumplimiento del plan de Iguala, es el objeto por el cual se trabaja. Dentro y fuera de nuestro pais se nos predica esta medida como el último recurso de salvacion que nos queda. En otro tiempo ese grito habria sido ahogado en su orìgen. Los ciudadanos y los funcionarios públicos habrian alzado á un tiempo su voz, para renovar el juramento sagrado de defender el primero de todos los principios que la nacion adoptara; para protestar que el cetro ensangrentado que por breves dias descansó en la mano que habia roto las cadenas que ataban á nuestra patria, no pasaria á la diestra de un estranjero. Lo que hoy sucede está á la vista de todos.

Se cree que el pueblo fatigado de crìmenes, cansado de revueltas, dominado por el egoismo y la corrupcion, ha llegado al punto que se necesita, para aconsejarle, que confesàndose incapaz de gobernarse por sì mismo, vaya á pedir, ó al menos deje que en su nombre pidan, á la Europa un rey que se encargue de gobernarlo; se cree que las cosas han llegado al punto necesario, para dar al mundo esa leccion sin ejemplo. No es este un ensayo atrevido ni un trabajo de

esploracion: no; los que largos años ocultaron cuidadosamente sus proyectos, los esponen á la luz del dia; los que antes se limitaban á intrigas oscuras y misteriosas, trabajan delante de todo el mundo. Sus maquinaciones pueden observarse por todo el que quiera meditar los hechos que están pasando. Todos los dias un periódico cuyas relaciones y apoyo jamas fueron un secreto, encomia á la monarquía con frases pomposas, le busca partidarios con halagüeños ofrecimientos: todos los dias se nos repite que un *príncipe de sangre real europea* es el único remedio que nos queda de ser libres y dichosos en el interior, fuertes y respetados en el esterior: todos los dias se entregan á la burla y al odio los hombres, los principios y los recuerdos de la república. A los veinte números, el periódico borbonista reasume su fè y muestra su carácter, diciendo que "el primero que en Mèxico predicó la democracia, fuè un malvado digno de la execracion del universo, y que cuantos despues han profesado los mismos principios, son sus cómplices."

Estamos por tanto en los términos de la cuestion. Se trata de saber si nos hemos de gobernar ó hemos de ser gobernados; si Mèxico será dueño de su suerte ó pertenecerá á un rey estranjero. Nada de ambigüedad; se trata en efecto de *ser ó no ser*. No disputamos entre la federacion y el centralismo, ni peleamos por esta ó la otra modificacion de los principios republicanos. Cuantos profesan éstos, todos los que no quieren un rey, están de un lado, frente á frente de los que lo llaman. El problema va á ser resuelto, y el èxito del combate decisivo. Un partido desaparecerá necesariamente de la escena: un credo politico quedará muy pronto condenado. ¡Gracias á Dios los tèrminos son esplìcitos, y podemos entendernos sin preámbulos equívocos, sin reticencias pérfidas, sin juramentos impìos! LA REPÚBLICA Ó LA MONARQUÍA ESTRANJERA.

Pero es necesario entender bien los tèrminos de esta cuestion. No es una discusion acadèmica sobre las formas de gobierno en general. Se contiende sobre la suerte de Mèxico, y es preciso que Mèxico escoja entre esas formas: que las considere en relacion con sus elementos y su situacion, y que prevea las consecuencias del partido que ha de adoptar, ó al que se quiere someterla. No importa saber si la Inglaterra y la Francia con sus monarquìas constitucionales, obra de todos los elementos que los siglos han acumulado, son dignas de admiracion. Es forzoso averiguar si México tiene como ellas el principio monárquico, ó por lo menos si puede formarlo: si es posible la creacion de todos los demas elementos indispensables para su desarrollo; si puede prometerse en fin que con ella se planteará un gobierno, misto, liberal, ordenado, y sobre todo nacional; ó si por el contrario, no puede establecerse sino sobre las ruinas de la libertad, sacrificando todo òrden y bienestar, poniendo fin á nuestra existencia politica. Este es el problema; este es el campo único en el que debe examinarse tan grave asunto, y bajo este aspecto nos ocuparemos de èl, analizando lo que sobre esto nos dicen los partidarios de la monarquìa. Inútil fuera decir que sostenemos la república, y que la sostenemos con entusiasmo. El anatema

pronunciado nos honra. Invocamos empero solo la razon: procuraremos no descender hasta nuestros enemigos, y así desde luego entraremos á hablar de la simple posibilidad de la innovacion.

Sus partidarios que con tanta arrogancia se han presentado en la palestra, los que tan modestamente nos predican todos los dias su superioridad de ciencia sobre los demas escritores de Mèxico, no debian olvidar el origen de las monarquìas, sobre todo, cuando quieren un gobierno *con legitimidad y con tradiciones*. Ellos mismos confiesan que las dinastías no se improvisan. Las monarquìas han nacido en la infancia de las sociedades. Los pueblos de la Europa establecieron sus reyes en la caida del imperio romano. La necesidad de un caudillo para las hordas belicosas que se difundieron por todo el continente, fundò la monarquía bárbara. El elemento religioso consagró el principio hereditario, y la organizacion feudal que la conquista produjo, mantuvo los tronos como un poder conservador que regularizaba los intereses de todos, y gobernaba á las sociedades. La religion predicaba la obediencia á una familia consagrada, y el prestigio de la gloria; los recursos de la dominacion, afianzaban su poder. Estas ideas se trasmitian de padres á hijos por largas generaciones: los hombres nacian y morian viendo todos los recuerdos de orgullo nacional, todos los secretos de la fuerza del pais, todas las esperanzas de la justicia simbolizadas en una familia. Su origen se perdia en la noche de los tiempos, y una larga cadena de reyes parecia asegurar su destino. En Mèxico esto no puede hacerse. El poder real no ha existido entre nosotros, y no puede tener ese orígen, ni esos recuerdos, ni ese prestigio. El rey que nos mandó fué un rey estranjero: su trono no brilló en nuestro pais, ni su familia ha defendido jamas nuestra nacionalidad. En la historia del mundo no existe una página en la que se vea á los pueblos europeos del nuevo continente, unida su suerte á la de una familia real, estender con ellos sus dominios, defender bajo sus hijos la independencia y el honor de su pais, fundar todas las instituciones civiles y religiosas que constituyen nuestra existencia; y así para nosotros cualquier prìncipe europeo es un estranjero, sin gloria, sin tradiciones y sin nacionalidad; un ser sin semejanza alguna con lo que son en Europa sus respectivas familias reales; es menos aun que el último de nuestros ciudadanos, porque no ha nacido bajo el cielo de nuestra patria, ni vivido entre nosotros, ni nos conoce, ni se interesa siquiera en nuestra suerte. Nuestros recuerdos propios son de ayer, porque ayer nacimos; y si la gloria de nuestra nacionalidad no refleja sobre una familia sola, es porque fueron los hijos del pueblo, centenares de plebeyos sin nobleza, pero llenos de valor, los que con su sangre nos dieron la vida que tenemos.

Si la monarquìa era nuestro destino natural, ¿por què pasó desapercibida? Si los mexicanos necesitábamos un rey, ¿por què no dar este honor supremo al creador de nuestra nacionalidad, al hombre sobre cuya frente se reflejaban todas nuestras glorias? Los que dicen que el imperio cayó, porque no tenia *ni cimientos, ni legitimidad, ni el respeto del tiempo, ni de las tradiciones*, ¿no podrian ha-

1020002867

bernos dicho de la manera que todo esto se improvisa? Los "cimientos" del trono están en los elementos monárquicos, de manera que si faltaron á Iturbide, es porque no los hay, y ningun otro los tendrá. Su "legitimidad" viene solo de la voluntad del pueblo, y para el pueblo nadie tendrá en el porvenir el prestigio de aquel, cuya espada victoriosa rompió nuestras cadenas. Esta gloria sólida, esta gloria que no tendrá ya otra igual, porque no ha quedado por hacer una obra semejante, habria sido la única capaz de poner los cimientos del imperio, en las circunstancias tambien mas propicias para ello, cuando estaban recientes los recuerdos de la dominacion é intactos sus hábitos, cuando se pasaba del estado colonial á un imperio mexicano, antes de que las ideas y los intereses de la república hubiesen educado generaciones enteras. Entonces la monarquía de Mèxico se habria parecido en su orígen á otras muchas, y le habrian venido "el respeto del tiempo y de las tradiciones" que en su orìgen ninguna institucion nueva puede tener. Las palabras con que se condena la monarquía de Iturbide, en pro de la república serian fuertes, porque ellas atacan la monarquìa, no al monarca: pronunciarlas en favor de una monarquìa á la que faltaran aun mas que á aquella esas condiciones, es burlarse del sentido comun, es pensar que el vano sonido de frases sin pensamientos puede seducir á los hombres. Lo volvemos á preguntar: si nuestros elementos son monárquicos, si nuestro estado natural es la monarquìa, ¿por què ésta planteada bajo los mejores auspicios posibles en nuestro pais, desapareció de un soplo?

Pero la circunstancia de ser *estranjero* y de tener *sangre régia*, cualidades que faltaban en efecto al hombre de Iguala, son las que los monarquistas aseguran que traerán la estabilidad, la gloria del trono, ¿por què? ¡No lo alcanzamos, no lo hemos oido decir! Esa virtud de la sangre real europea, á los ojos de todo ser racional, no es mas que el absurdo mas ridìculo, la mas humillante y oprobiosa de todas las bajezas. Las familias reinantes de Europa no gobiernan porque tienen sangre régia: tienen sangre règia, porque los pueblos consintieron en elevarlas al trono, siendo claro que el primer rey no pudo tener ese talisman maravilloso. Tocaba á los borbonistas de Mèxico llevar la legitimidad á su mas irrisoria exageracion, sosteniendo que cuando los pueblos del nuevo mundo necesitaran un rey, este no seria legìtimo si no iban á pedirlo á las familias reales del antiguo continente. Intensa y profunda debe ser por cierto la idea que de nuestra humillacion y bajeza se han formado los miserables partidarios de un rey estranjero, cuando nos dicen estos conceptos: "Renunciad à la república: ,,olvidad la necia pretension de mandaros por vosotros mismos: desesperad de ,,encontrar entre vuestros ciudadanos uno capaz de estar al frente del pueblo: ,,hincaos de rodillas ante la Europa: pedidle un prìncipe, y este hombre que no ,,os conoce, ni os ama, sea imbècil ó corrompido, amante de la libertad ó partidario del retroceso, con tal de que tenga sangre règia, te hará dichoso y feliz: ,,erìgele un trono y cédele tus hijos á los suyos: tus nietos á sus descendientes." Jamas se insultó tan infamemente á pueblo alguno de la tierra.

No: los monarquistas de Europa al menos no se burlan tan estúpidamente de nosotros: no nos predican las escelencias de la sangre real, ni quieren persuadirnos que ella suplirá la capacidad, el conocimiento de nuestros intereses, el amor á nuestros destinos. Ellos quieren un príncipe, porque quieren una monarquìa en Mèxico, y un prìncipe europeo, porque creen que se trata de una obra europea. Juzgan que el mundo antiguo debe tomar nuestra tutela, que debe unir nuestra suerte á la suya, y fundar en Mèxico la civilizacion; y como para eso se necesita un agente fiel de la política europea, relacionado con ella por su orìgen, su educacion y su familia, y sostenido y protegido por sus recursos; quieren un prìncipe como el de la Bélgica y la Grecia, escogido y sostenido por ellos; y si en esto, el honor de nuestro pais queda profundamente humillado, no llegamos al menos á presentarnos cubiertos de ridículo, creyendo en las mas miserables patrañas. Mejores son para nosotros los detractores de nuestro pais en el estranjero. Son al menos francos y leales; mientras que nuestros apóstoles de la monarquía son hipócritas y aleves. Sì, ellos conocen bien las condiciones precisas de su proyecto y las niegan. No tienen valor para decirle á la nacion que con el prìncipe estranjero tendrá un ejército estranjero que lo sostenga; ministros estranjeros que lo ayuden á gobernarnos, cortesanos y favoritos estranjeros que le ayuden á disipar en los placeres la fortuna de nuestros hijos; y en resúmen UNA POLITICA ESTRANJERA que nos gobierne. Capaces de pasar por todo esto, y empeñados en llamarlo, no creen que pueda decìrsele al pueblo, y por esto hemos oido de su boca estas palabras que han espuesto al desprecio á los partidarios de la legitimidad, estas palabras que solo traidores ó dementes pudieron escribir. "Locura es creer, dicen, que viniendo á México *un príncipe* ,,*de sangre real* á establecer una dinastia pudiese apoyarse en estranjeros. Esto ,,podia hacerse hace tres siglos, eso no puede hacerse hoy, y menos en los go- ,,biernos representativos. No queremos un empleo solo, un solo grado mi- ,,litar sino en manos mexicanas: en el ejèrcito, en el pueblo mexicano debe apo- ,,yarse solo lo que pretenda ser estable en nuestro pais."

Locura es creer, dice todo el que no está desprovisto de comun sentido, que viniendo á Mèxico un prìncipe de sangre real europea pudiese venir *solo*, sin fuerza y confiado en la fidelidad y el poder de los que lo llamaban. La proposicion es tan absurda, que si bajo ella se ofrece la monarquía mexicana en Europa al primer individuo de sangre real que quiera aceptarla, no se allanará á venir ni el último allegado de una de esas ramas destronadas que gimen en el destierro llorando los perdidos tronos de que los pueblos los arrojaron sin consideracion á su sangre real. Para que hubiese un príncipe *de sangre real* que se dignara venir á fundar una dinastía, para que hubiese una familia que consintiese en que un individuo de ella viniera á reinar, necesitarian alguna seguridad de que venia á fundar una dinastía, y no á ser el ídolo de un dia, el juguete de los partidos, la víctima de la mas indefectible de todas las revoluciones. Graciosa fuera por cierto la caricatura del príncipe escogido, presentándose en su reino solo, en medio